

## EL ENVEJECIMIENTO

He leído en el Evangelio de san Lucas:

“Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo” (2,25).

“Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada... no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayuno y oraciones. Como se presentase en aquel preciso momento, alababa a Dios y hablaba del Niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (2,36 ss.).

Estos textos me han llevado a una reflexión acerca de la vejez y del envejecer en la vida religiosa. Busqué temarios de reuniones, revistas especializadas en vida religiosa, documentos... y me encontré con la sorpresa que este tema no existe como tal, excepto un breve artículo publicado por En Calcat. A la vez, constaté, esto ya no sorpresivamente, que en la mayoría de las Congregaciones e Institutos sus miembros mayores de 45 años constituyen un porcentaje elevado que sobrepasa ordinariamente el 50%. Constaté algo más: el problema (aún a veces psico-nervioso) de muchos religiosos-as es el miedo al tiempo que pasa y al tiempo que viene, la no aceptación por un lado, de su vejez, y por otro, de la historia. Constaté algo más aún: jóvenes que tienen una verdadera necesidad -y buscan saciarla- de vivir, de convivir, con “ancianos jóvenes”, y jóvenes que establecen con los ancianos un enfrentamiento dialéctico llamado “generacional”. Vi “ancianos jóvenes” y vi “ancianos viejos”. Observé que a las religiosas no les gusta envejecer y que les resulta muy agradable “representar” una edad “indefinida”. A la vez observé que en las comunidades se envejece muy temprano y se es mirado como anciano muy temprano. Y seguí mirando y viendo muchas cosas más sobre este aspecto de nuestra vida. Y ello no hizo más que aumentar mi azoramiento: ¿por qué en ninguna reunión de religiosos se habla de cómo enfrentar el propio envejecimiento y el ajeno? ¿por qué no se habla de la misión de los ancianos en una comunidad? ¿por qué el centro de nuestra problemática actual está centrado sobre los jóvenes? Ellos son estudiados como el problema y como la solución a la vez. ¿Por qué no estudiar a los ancianos y a los que ya se encaminan hacia la vejez desde las mismas perspectivas? Es probable que subyazca la idea de que los ancianos no tienen nada que hacer ni con ellos es posible hacer nada. Y esto es un slogan tan inválido como el que sostiene la ineptitud moral de los jóvenes.

En primer lugar cómo envejecer bien, cómo afrontar el proceso de un tiempo que corre en nosotros y fuera de nosotros. En segundo lugar cuál debe ser la posición de la comunidad frente a sus ancianos.

Veamos lo primero.

A pesar de los estudios de geriatría y de la procaína H<sub>3</sub> todos estamos llamados -si vivimos- a franquear una última etapa en que se hacen evidentes los síntomas del desgaste, de la impotencia, del cansancio, etc. Desde que somos niños nos movemos en una sociedad integrada por niños, jóvenes, personas maduras y ancianos. Esa integración es como un cuadro normal de la existencia de cada hombre. ¡Qué sería de una ciudad, un pueblo sin niños! Ver un niño, conocer niños, observar y escuchar aun niño, es algo completamente necesario para vivir. A veces pienso que la visita de los niños a nuestros monasterios tanto de hombres como de mujeres son sumamente importantes, sin que ellos ni nosotros nos demos cuenta. Nos dan precisamente lo que necesitamos para envejecer sin envejecer. Receptividad, distensión, una alegría por cualquier cosa, un llanto sin memoria y sin venganza y sobre todo un abandono

interior a Dios sin cálculos y sin miedos. ¡Y qué sería una ciudad sin jóvenes! Ellos son completamente necesarios. La fuerza, el entusiasmo, la prospectiva, los ideales grandes, los impulsos heroicos, todo ello es el aporte constante de los jóvenes, tanto en la sociedad como en la Iglesia y en sus núcleos. Sabemos perfectamente bien lo que pasa en una comunidad donde ya no hay jóvenes o que ha perdido el contacto real con los jóvenes: se percibe el inmovilismo, la falta de autocrítica, la esclerosis en el alma y en el cuerpo. Los jóvenes nos interrogan, nos exigen, mantienen flexibles nuestras venas comunitarias. Consideraría muy grave que una comunidad quisiera miembros jóvenes sólo o principalmente para asegurar su supervivencia, el mañana. Justamente mi intento en esta reflexión es demostrar que los jóvenes son el “hoy” de las comunidades, los hombres maduros son el “hoy” de las comunidades y los ancianos son el “hoy” de las comunidades. Y qué sería una ciudad sin hombres maduros, sin personas que ya hayan superado todas las crisis evolutivas y que a la vez el desgaste no ha comenzado a cebarse en ellos. Es siempre la generación “puente”, la que experimenta más agudamente el cambio pero a la vez la más habilitada para encauzarlo, darle estabilidad al cambio y movimiento a lo estable. La actitud de la “generación media” en una comunidad es decisiva con la condición de que sea fiel a sí misma, es decir no pretenda diluirse entre los jóvenes o bloquearse con los ancianos. Debe articularse pero no ceder a la tentación de abdicar de su propia identidad. Y qué sería de una ciudad sin ancianos, sin “abuelos”, presiento que si esto ocurriera habría una crisis de misericordia, de hondura, de ocio reflexivo, de esperanza, de humildad, de todo esto que representan Simeón y Ana, estos personajes evangélicos que nos abren perspectivas sobre nuestra actitud frente a nuestro envejecimiento.

Simeón y Ana acogieron la buena noticia. Ellos esperaban. Estaban completamente abiertos hacia el futuro. Los dos profetizaban. No hablaban de sus “memorias”. Ellos reconocieron el signo “y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales” (*Lucas 2,12*). Aceptaron el signo, lo acogieron en sus brazos. “Esperaban la consolación de Israel”. Eran amigos de todos los que “esperaban la redención de Jerusalén”. En ellos “estaba el Espíritu Santo”. Estas son las líneas fundamentales que debieran regir nuestro envejecimiento. Seríamos los “ancianos niños”, los “ancianos jóvenes”, los “ancianos maduros” perfectamente integrados en el cuadro de la sociedad y de nuestras comunidades. Seríamos la culminación de un proceso de crecimiento, no de un desgaste.

### ***La apertura al signo mesiánico supone una purificación del corazón***

Simeón era “justo y piadoso”, Ana “servía a Dios noche y día en ayunos y oraciones”. Solamente los corazones puros verán a Dios. Los muchos años, la llamada “experiencia” puede llegar a enturbiar nuestra mirada, al punto de no reconocer a Jesús cuando El está en medio de vosotros “en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis” (*Jn 1,26*). A lo largo de los años corremos el riesgo de habernos llenado de ideas, de opiniones, de heridas mal o bien curadas, de frustraciones más o menos conscientes, en fin de todo eso que conspira contra la libertad del corazón, su virginización, su unificación. Por eso es necesario preparar la vejez desde muy temprano, desde que se comienza a vivir, a fin de no cargar el corazón con mistificaciones. La mentira pensada, hablada, vivida, es como un taladro que va socavando nuestro corazón y en más o en menos al correr de los años todos devenimos un tanto mitómanos. Y el mitómano es como los ídolos que describe el *Salmo 134*: “tienen ojos y no ven... tienen oídos y no oyen”. Nos encontramos muchas veces con ancianos que “ya no ven, ya no oyen”, ha faltado a lo largo de la vida ese proceso de purificación cuyo término está más allá del día en que morimos, pero cuyo comienzo debe ser a la vez mucho antes que ese día. Y ¿cómo purificar el corazón, en vistas a que ello es verdadera condición para llegar a una “vejez-plenitud”, a una “vejez-integrada?”. Dice el texto de San Lucas que Ana oraba y ayunaba. Los monjes del desierto sabían que éstos eran los dos grandes ríos de la purificación. La oración es estar, permanecer, colocarse bajo la mirada de Dios. Dejarse escrutar. Dejarse interpelar por su Palabra que es “más cortante que espada alguna de dos filos” (*Hb 4,12*), que “penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y

pensamientos del corazón” (Hb 4,12). Esta oración es un contacto con el Verbo, con la Verdad interior de Dios, que es lo único que nos puede hacer libres y quemar en nosotros toda mentira. Si los religiosos-as no nos entregamos a esta oración, es decir a la que equivale entrar en el fuego de Dios, en su amor luminoso, nuestro corazón no se librará de su mentira que es como el poder nadificante que endurece y envejece. La oración es reposo sobre el corazón de Jesucristo o no es nada. “Esforcémonos, pues, por entrar en ese descanso” (Hb 4,11) lo cual es profunda comunión con la Sangre del Señor. Los ídolos que llevamos en nosotros van cayendo, es la “Voz de Yahvéh que desgaja los cedros”(Salmo 28).

Y el corazón se purifica con los ayunos.

San Benito en el cap. 49 de la *Regla* cuando habla del ayuno cuaresmal lo incluye en el verbo “subtrahat” –sustraiga-. Es un cercenar, es un empobrecer. La purificación del corazón requiere esta interior pobreza, esa progresiva simplicidad, esa creciente experiencia del todo de Dios, de la propia nada, de la necesidad consecuente de adorar, de callar, de admirar, de cantar. Sin este despojamiento nuestro corazón será barroco y la ornamentación estéril se confundirá con cultura, con riqueza, con polivalencia, etc. El ayuno que es esa modestia en el comer significa una actitud de modestia, de discreción en todos los aspectos de la persona, por algo santo Tomás incluye entre las virtudes de la templanza, la “estudiosidad” que es en parte la modestia de la inteligencia. El no querer saber más de lo que podemos o nos conviene conocer. El Evangelio nos sugiere muchas veces no ir más allá de nuestras posibilidades, no querer ser “espectacular”, diría hoy: no querer ser “noticia” ni para los de cerca ni para los de lejos. La avidez, la ambición, la curiosidad, la sed de autoafirmación, el querer verlo todo, saberlo todo, hacerlo todo, gustarlo todo, son formas múltiples de la gula, de esa necesidad vital de ingerir, de saciarse con lo limitado, de crecer por acumulación material, no por ahondamiento interior.

Si vivimos eludiendo la oración y el ayuno o no dándoles importancia, llegaremos a la vejez cargados de soberbia y de hambre de desarrollo personal. Lo cual nos hará mirar a la cadena de generaciones que vienen detrás nuestro por un lado desde una “superioridad-mito” y por otro lado con el temor de que “tenga lo que no tuvimos” o “lleguen a lo que llegamos”. Y en estas condiciones es absolutamente imposible reconocer el signo de la salvación. La ceguera, el miedo, la angustia, la no aceptación de sí ni de los demás se “inter-acrecientan”, y finalmente, esto es lo más grave, se pierde la esperanza.

Simeón y Ana esperaban, estaban llenos de la expectación de Israel. Una edad madura y una vejez sin esperanza no tienen lo más precioso que podrían ofrecer a la juventud y a los niños. No es de extrañar -como saldo- una verdadera incomunicación.

Hemos hablado de la purificación del corazón como condición para envejecer. Añadamos *el gusto de envejecer*. El que no quiere “pasar” es seguro que “pasa”. Y por el contrario el que es lúcido y acepta “pasar” ese “permanece”. El mundo con su estilo de vida, sus organizaciones, etc. recuerda constantemente que “uno pasa”. El día que los hijos se casan, los padres se dan cuenta que “el tiempo ha corrido”, y cuando nace un nieto, ellos devienen “abuelos”, y la sociedad los ve así, los integra así. Cuando en una oficina de trabajo no se es admitido porque se tiene más de 30 ó 40 años o cuando llegados los 60 años, llega también la hora de integrar la fila de los “jubilados”, los hombres se dan cuenta que cada día que pasa, con el día pasa uno. Pero en la vida religiosa todo esto es más difícil. Sucede algo verdaderamente extraño: los individuos tienen la impresión de no envejecer, y a la vez el contexto los envejece prematuramente y sin mayor discriminación. Entonces mientras unos desearían detener el tiempo y su tiempo, los otros lo desean acelerar. Muchas tensiones entre inmovilismo y cambio, responden a una previa actitud frente a su tiempo, a su “pasar”. No siempre la reacción es el inmovilismo duro. A veces el deseo de “no pasar” lleva a la demagogia, a entrar en la historia con el fin de que la circunstancia nos acepte. Se corre con el tiempo pero simplemente para no “perder el tren”, no con esa dimensión profunda, rica, interior, del valor de un tiempo que pasa fuera y dentro nuestro.

Parte de esta aceptación y de esta decisión de “pasar” es esperar gozoso la muerte.

“Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz”

Lo normal, es que el monje a medida que pasan los años “corra con inenarrable dilección” y que “purificado de vicios y pecados” ejercitándose en los instrumentos del arte espiritual (cap. 4) sea apto para contemplar “la luz de los pueblos y la gloria de Israel” (*Lc 2,32*).

“Han visto mis ojos tu salvación” (*Lc 2,31*)

Simeón está gozosamente dispuesto a partir porque “sus ojos han visto” a Jesús. Esta es la única preparación valdadera para la muerte: ver a Jesús como salvación, como luz, como gloria. Nuestro miedo a morir, que responde al más primitivo de nuestros instintos, es un signo de la normalidad de un hombre que “aún no ha tenido la experiencia de Dios” (*1 S 3,7*), pero es verdadero signo de la inmadurez espiritual en el que ha sido llamado a “contemplar su rostro”. Por ello es a la vez una llamada de atención, una invitación a revisar su vida espiritual “contestada” por su propio miedo a morir. No me refiero aquí a la experiencia frente a ese instante oscuro, misterioso, totalmente ignorado, en que salimos de la historia y entramos en la eternidad. El hecho de ser misterioso sobrecoge de por sí. Me refiero a otra cosa: a esa especie de dolor y de miedo de “dejar el mundo”, de “pasar” definitivamente, de ser como “arrojado” por la historia fuera de ella. Nos sentimos devenir nada para el mundo y los hombres. Si nosotros no buscamos lúcida o secretamente “inmortalizarnos”, nuestro proceso de envejecimiento será “plenificativo” y con el Niño en brazos, apretando contra el corazón el misterio de la Encarnación y ofreciéndolo al Padre, veremos a las naciones y a Israel: el antiguo o el nuevo Israel, a la luz de ese misterio que es su gloria. Entonces morir es cantar.

Finalmente una tercera condición para envejecer evangélicamente: “*estar llenos del Espíritu Santo*”. Él lo renueva todo.

“Envía tu Espíritu y todo será creado y renovarás la faz de la tierra” (*Sal 103*).

Es el sopro creador que lleva todo a su perfección, el agua que lleva la nueva vida:

“Derramaré sobre vosotros un agua pura” (*Ez 36,25*).

“El que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él” (*Jn 7,37-39*).

Y es el fuego que quema, purifica y unifica.

“El amor de Dios se ha derramado sobre vuestros corazones” (*Rm 5,5*).

Embriagados por el Espíritu cantaremos las maravillas de Dios y dueños de un corazón unificado, de un corazón coherente (*Salmo 85*) nos uniremos a todos los hombres. No hay tensión (inclusive la generacional) que resista al amor, cantamos en la secuencia de Pentecostés: “Doma todo lo que es rígido, funde el témpano... da la inacabable alegría”. A veces pienso que hablamos mucho de “carismas” y muy poco del Espíritu Santo como “dulce huésped de las almas”, y esto produce una verbosidad espiritual de muy poca consistencia y calidad. El Espíritu Santo nos introduce en el seno de Dios, en la Trinidad que san Agustín en el *De Trinitate* VIII,10 define: “amans, amatus, amor”, lo cual es un eco a la palabra de san Juan: Dios es amor.

El hombre abierto y dócil al Espíritu Santo mirará correr sus años como hojas que este viento de lo alto empuja hacia adelante, y vivirá cada día la novedad de un movimiento cuya línea conductora sólo Dios conoce.

“El Espíritu sopla donde quiere y oyes su voz, más no sabes de dónde viene ni adonde va” (*Jn 3,8*).

Y este es el gran secreto de envejecer sin envejecer, de ver renovarse nuestra juventud (*Salmo 102*) como el águila. Este fue el secreto de Simeón y de Ana, Por eso cantan y profetizan y anuncian la Buena Noticia, como los Apóstoles lo harán en Pentecostés. Ebrios del Espíritu Santo, con el signo de la Salvación en brazos se nos presentan como dos “ancianos niños”, dos “ancianos jóvenes”, dos “ancianos maduros”.

Sintetizando: nuestro envejecimiento será un proceso de plenitud, de progresivo acrecentamiento vital, de progresiva integración generacional si vivimos desde nuestra juventud:

- purificando nuestro corazón con la oración y el ayuno;
- sabiendo “pasar” sin temor al definitivo “pasar” de la muerte;
- y embriagados del Espíritu Santo sin más deuda con nadie que la del amor.

Hemos esbozado el primer aspecto o sea, cómo afrontar el proceso de nuestro envejecimiento. Veamos ahora el segundo aspecto, es decir, *cuál es la posición de la Comunidad religiosa frente a sus ancianos*.

Creo muy difícil generalizar cualquier dato o constatación, porque hay ancianos y ancianos y hay comunidades y comunidades. No obstante percibimos con frecuencia que a los ancianos-as se los trata con cariño, se cuida de su salud. Pero también con frecuencia se los elimina tácitamente de la marcha de la comunidad, de su movimiento, de su reflexión. Pensemos, por ejemplo, en la institución de “la casa de las Hnas. ancianas” que muchas congregaciones tienen y que se propuso alguna vez para ciertos monasterios federados. ¿Qué diferencia hay entre estas casas y los asilos de ancianos para abuelos y señoritas ancianas? Inclusive, en un lugar ya hubo una propuesta de hacer una “casa de Hnas. ancianas común a varios Institutos”. He conocido religiosas con verdadero terror de ser enviadas a la “casa de ancianas” pues allí se ven sólo ancianas, allí se está marginado de la vida de comunidad, aún cuando estas casas suelen estar anexas a las casas donde está el gobierno de la Congregación, o a los juniorados o a los noviciados. No pretendo solucionar este problema, señalo sólo el hecho. Y esta institución no se da en los monasterios.

Y no me refiero sólo a los “viejitos” que según san Benito “de por sí inspiran compasión” y cariño. Sobre todo creo que exige una reflexión, nuestra actitud con el hombre mayor o la mujer mayor que sin ser “ancianitos” son ya entrados en años y con visibles manifestaciones físicas y psíquicas de “envejecimiento”.

Creo que debieran darse dos actitudes básicas entre otras muchas.

En primer lugar, una “pia consideratio” como dice san Benito en el capítulo 37 de la *Regla*. En segundo lugar su integración en una comunidad concreta en la que se de un cuadro normal de generaciones. Cuando San Benito dice “pia consideratio” une dos palabras muy ricas en contenido y en consecuencias. La “piedad” es misericordia y es veneración. Sabemos bien que podemos ser muy “misericordiosos” pero no venerar a una persona. Y otras veces “veneramos” pero fríamente. El que tiene misericordia inclina su corazón hacia el otro. El que venera inclina su mente frente al otro. Y se trata de una “consideratio”, es un trato y es pensamiento interior. Pensar al Hermano-a mayor con veneración y misericordia. Tratarlo en consecuencia. Esto no es fácil, sobre todo si el Hermano-a no ha sabido envejecer y ha establecido “tensión” entre él y los

más jóvenes. La dificultad no nos exime de buscar una solución que debe darse a nivel personal. Y lo más probable es que parte de la solución se da en lo que señalábamos en segundo lugar, es decir, la integración de los mayores en la reflexión y en la actividad de la comunidad. Siempre he admirado a las Carmelitas que en muchas de sus fundaciones envían a alguna Hermana anciana, y a veces han sido verdaderas piedras de fundamento. No creo que a los ancianos y a los “casi-ancianos” haya que “hacerles creer” que su opinión, o su trabajo, o su actividad, son un aporte valioso, a fin de integrarlos. Se trata de realmente buscar su aporte, su experiencia, su enfoque de anciano que completaría el enfoque “del más joven que a veces tiene la revelación de Dios”. Y si su aporte es indiscreto o traba o es destructivo, decírselo con toda sinceridad, con absoluta verdad, pero con una “pia consideratio”.

Una actitud de tolerar la indiscreción del Hermano-a mayor y de “hacerle creer” su aporte cuando en realidad traba la vida comunitaria en sus múltiples expresiones, sería aumentar las tensiones y llevar a situaciones de fatiga y desaliento que son de ordinario la secuela de relaciones no fundadas en la verdad. Los adultos y los jóvenes debiéramos tener verdadero interés en oír la opinión de nuestros Hermanos mayores, de saber cómo piensan y responden a los planteos comunitarios. Tendríamos que sentir la necesidad de su compañía y de su actividad la cual sería menor, a veces ínfima, pero probablemente muy preciosa como testimonio. Y si no lo fuere tendríamos que pensar en tanto comunidad, en la presencia de Dios, cómo ayudar a este Hermano a una conversión, aún en la última etapa de su vida. En ambos casos hemos tomado en serio al Hermano, los hemos integrado en nuestra comunidad.

Sólo hemos esbozado un planteo con la esperanza de que una reflexión más aguda y más amplia lo aborde. Sobre todo con el deseo de que en nuestras comunidades cada persona, sea cual fuere su generación, sea para los demás una palabra de Dios, siempre buscada, siempre oída, siempre acogida, siempre respondida.